Miguel Sánchez-Ostiz

La casa del rojo. Diarios, 1995-1998

Barcelona: Península, 2001

Literatura, amigo Miguel



LA PRIMERA de las cosas que enseña este libro es que un suspiro puede durar cuatrocientas setenta y cinco páginas, que son muchas páginas. Es un suspiro muy particular, claro, porque es largo y hondo, lírico, feroz a ratos e inteligentemente tenso siempre. Un diario con naderías o banalidades es un mal diario porque lo suele escribir la inopia hacia uno mismo. Un diario de ira y heridas solas, encadenadas, es casi siempre un alegato fatigoso. Y un diario con valor literario se hace de esas sustancias pero sólo vale de veras si tiene una más, que es propia de la literatura, e incluso privativa de ella: una verdad que es moralmente valiosa sólo porque lo es literariamente, no porque lo sea en función de un presunto registro notarial de actos, o según declaración jurada. Contra lo que se suele creer, esas piezas judiciales son verdades muy engañosas frente a la rotundidad de la verdad literaria, que pesa y persuade mucho más allá que el registro aséptico y neutral.

En todo caso hay otro problema previo de lectura en los diarios: ¿es mucho pedir que se lean sin claudicar a la lectura más primaria y fungible? Para dejar de leer los diarios como chismografía disfrazada y empezar a leerlos como literatura no hacen falta demasiados aparejos, quizá sólo un poco de predisposición favorable y un punto de inocencia más o menos genuina. El escritor de diarios se llama como la persona pero cuando leemos lo escrito estamos ante quien ensaya una voz en un género difuso, donde se autorretrata lo quiera o no, y lo hace en cada entrada del diario y en el conjunto del personaje que ha armado anudando un fragmento tras otro.

Miguel Sánchez-Ostiz, como experto y afinadísimo lector de otros diarios de autor, ha sabido verbalizar una experiencia común a muchos lectores ante los diarios finales de Jünger, que son inequívocamente inferiores a las entregas de los años cuarenta. Lo cuenta así: «Qué se puede esperar de la rutina de una vida al borde de los noventa y aun así, no sé, a ratos lo encuentro de una rara frescura, sus expansiones botánicas, al margen de su edad, en otro tiempo, en otro espacio, casi en

otro reino, son muy atractivas por lo que tienen de consecución de un mundo al margen, uno de sus pilares. Yo de entomología no entiendo nada. Y de los asuntos de medio magia o así, menos. *De los diarios nos acaba atrayendo, sobre todo, quien los escribe, el personaje que ahí se muestra, y en el mejor de los casos la persona que los sostiene*» (*La casa del rojo*, 242). La cursiva la pongo yo porque la perspicacia la ha puesto Sánchez-Ostiz.

Casi todos los diaristas suelen registrar la razón interna de sus diarios. En *Correo de otra parte*, que es con seguridad uno de los diarios que se podrá leer con el tiempo, venga como venga el tiempo, Sánchez-Ostiz recoge una anotación de 1987 que razona sobre el valor estimulante que tiene, «desde el punto de vista de la escritura, como desde cualquier otro medio de afirmación en la realidad», la idea «de la tara, de la carcoma que taladra y no calla y encontramos trabajando en su puesto, allí donde está desde siempre, una noche cualquiera de insominio, por ejemplo, o a plena luz hiriendo como un invisible aguijón, espoleando con un agudísimo acicate tal o cual página, tal o cual decisión» (p. 118). En los diarios se despliega más visiblemente la carcoma como literatura porque se hace averiguación y respuesta, ensayo y observación, titubeo y acierto. Pero sobre todo la mejor prosa de los diarios surge de la paradoja de todo arte: adueñarse de la carcoma, atraparla en los dominios del oficio de escribir, por mucho que el hombre sea y siga siendo su víctima. A Montaigne, por ejemplo, se acude a menudo con el secreto afán de señorear la vida moral, como si fuésemos capaces de elevar nuestro propio punto de mira gracias al punto de mira del autor sobre la realidad. Cuando el escritor domina sobre la persona, la carcoma se convierte en un aliado fecundo porque hace del diario materia literaria antes que historial de frenopático: dominar la carcoma significa padecerla para manipularla, dosificarla para reconvertirla en otra cosa distinta que la rumia de los días y las noches, los insominios y las pejigueras. Significa levantar la mirada y poder seguir los pasos a la carcoma sin ser su víctima, o siéndolo sólo en el ámbito de la vida real, que no es la vida que pone un escritor en sus diarios, aunque haya mucho de ella y de ella nazcan.

Para explicar la calidad de los diarios de Sánchez-Ostiz no bastan ni la perplejidad ante uno mismo, ni el descontento del mundo, ni tan siquiera la sorpresa ante las ondulaciones enigmáticas de las personas. ¿Qué roe la carcoma cuando entrega al escritor a una escritura fragmentaria y tantas veces resignadamente exaltada? Por qué escribe diarios y dietarios un abogado *huido de la ley*, por qué fabrica esas páginas con la caligrafía íntima y culta de los días pensados. Por qué necesita un novelista enlazar esos pedazos de una vida. Tampoco basta la idea, que tantas veces aparece en sus diarios, de retenerla o apresarla antes de que se pierda en el olvido. Leer y releer los diarios de Sánchez-Ostiz es saber que sus cuentos e historias son subsidiarios de otro fin y otro afán, que es el efecto literario de la obra. El mundo contado y representado está ahí para decirse a sí mismo, desde luego, y para decir además otra cosa: el desarraigo congénito y la soledad indócil, la diatriba con el mundo como forma de supervivencia contra el mundo, pero sobre todo contra sí mismo, la ansiedad de ser otro desde uno mismo, de aprenderse mejor para no andar tras los espejismos del otro, la ansiedad del viaje como metáfora de exploración personal e imagen anticipadora de una estabilidad que ha de llegar y huye. Las angustias dominadas, la carcoma sometida a la escritura, inventan las rutas particulares de la identidad. Esas páginas valen porque valen como averiguación literaria del mundo, como despliegue de sus rarezas y sus sinrazones desde una óptica mudable, provisional, humana, pero nunca elusiva. El material representado podía ser otro cualquiera pero el fin último de lo representado es el mismo, la explicación de la complejidad, desechar la simpleza de las miradas y anudar las vidas y los fenómenos a la red complicada de motivaciones que *nos* explican: un esfuerzo de fondo en el que domina la voluntad de hacer luz, antes que el deseo de emitir dicterios; manda antes la voluntad de comprensión y de inteligencia que la del juicio sumario y privado. Los diarios me parece que cumplen mejor su objetivo literario cuando desactivan el interés por las contingencias menores que cuentan y, en cambio, activan la entrega a una voz y un modo de ver. Lo otro es poco más que perseguir con el dedo pegado al papel los nombres citados, las iniciales

enigmáticas o las alusiones veladas. Y la búsqueda de una vida congruente con uno mismo es el lienzo en el que se estampa, en *La casa del rojo*, una biografía ida en lecturas y escrituras. El resultado de la tela es una intriga movida por la desazón, una suerte de suspense sin desenlace o una forma de tensión analítica que no cesa: el curso mismo de las ideas y las intuiciones vivas es el que se desgrana. El pivote central es el trato desapacible con uno mismo, la integridad como aspiración, el recelo ante los falsos espejos, la tregua que a veces da la página escrita en esa brega diaria de la insatisfacción objetiva y la otra, inmotivada, difusa. Cuando el autor relee su propio diario para ponerle un prólogo, y reconoce una «doble pulsión [que] aparece, creo yo, en casi todas las páginas novelescas y memorialísticas que he escrito» (*La casa del rojo*, p. 9), sabe que su mundo literario vive entre la nostalgia de una casa y la ansiedad de la partida, entre la querencia del arraigo y el acoso del desasosiego.

La ruta que emprendió hace muchos años quizá siga siendo esquiva a la identidad estable de los fósiles pero sin duda en esa navegación se ha dado de bruces con la literatura, y este cuaderno le ha salido en el nivel más alto. Sánchez-Ostiz hace libros verdaderos gracias a la escritura, a la compleja coherencia del mundo expresado, a la crudeza de la mirada sobre la vida propia y las ajenas. De eso está hecho este diario y es una lectura fuera de lo común como espejo de nuestra propia turbamulta interior, aunque apenas el lector comparta nada de la biografía del autor, ni de sus fantasmas, ni de sus toxinas vitales. Nos afecta porque habla de nosotros, exactamente igual que *El jugador* de Dostoievsky nos afecta aunque jamás hayamos vivido la menor pulsión de ludópata. Eso es literatura.

Por eso, y contra las apariencias otra vez, su literatura carece de lugar y fecha, aunque sus pretextos estén estrechamente pegados a la realidad histórica que tuvo frente a sus narices, allá arriba, hacia el País Vasco y Navarra: armas y muertos de ETA, radicalismos verbales y factuales, incomprensión recelosa de nacionalistas de naciones ajenas, estupidez malsana y a menudo utilizada sin piedad. Pero habla también de la fabricación diaria y lenta de una casa, de un jardín y de una huerta propios, hechos a mano, y habla del oficio de escribir y fabular novelas contra la mala vida, la vida recortada o acobardada, habla del proyecto de lealtad a un código ético y de la dificultad de serle fiel. Las quisicosas de la vida literaria, y las colaboraciones en la prensa, Itzea, Pío Baroja y los Baroja todos, y la vida pequeña y larga de provincia, y más cosas están ahí. Pero la que cuenta de verdad está aplazada unas líneas después de la entrada de cada párrafo, un poco después del episodio o el recuerdo concreto; es ahí donde aparece el entomólogo literario de un corazón que tantas veces prodría ser el nuestro.

Jordi Gracia